

Grifo

#44

Escrituras telúricas: donde estamos es quienes somos

La geografía de la ecografía
Enrique Winter

Vida telúrica
Jennifer Miranda

Cartografía
Ana Mora Estrada

Mochilear
Carolina Ramírez Abarca

Directora

Paloma Domínguez Jeria

Ayudante

Elena Meneses

Comité Editorial

María José Arévalo -
Maximiliano Astroza
Daniela Guerrero - Kate López
Ana Mora - Nicolás Naranjo

Comité Diseño

Javiera Calderón - Andrea González
Carol Ibarra - Julieta López
Nicolás Mora - Paulina Moreno

Comité Producción

Catalina Fernández - Jennifer Miranda
Jazmín Miranes - Valeria Soto
Roberto Osorio - Karim Verdejo

Comité Difusión

Camila Bravo - Amparo Carvajal
Belén Casaballe -
Francisco Fermandois -
Carolina Ramírez - Marusela Urriola
Cristal Vargas

Podcast La Gotera

Pamela Araya - Monserrat Bravo
Catalina Cárdenas - Raúl Fuentes
Valentina Palominos - Catalina Pizarro
Ignacio Ramírez - Daniel Sanhueza

Ilustraciones

Nicolás Mora

Diseño y Fotografía

Filipa Briones

Modelos

Carolina Ramírez - Carol Ibarra
Julieta López

Diciembre 2022

Santiago de Chile

Escuela de Literatura Creativa

Facultad de Comunicación y Letras

Universidad Diego Portales

Esta publicación es producto del trabajo
realizado en el curso Taller
de Revista, a cargo de la profesora de
cátedra Paloma Domínguez.

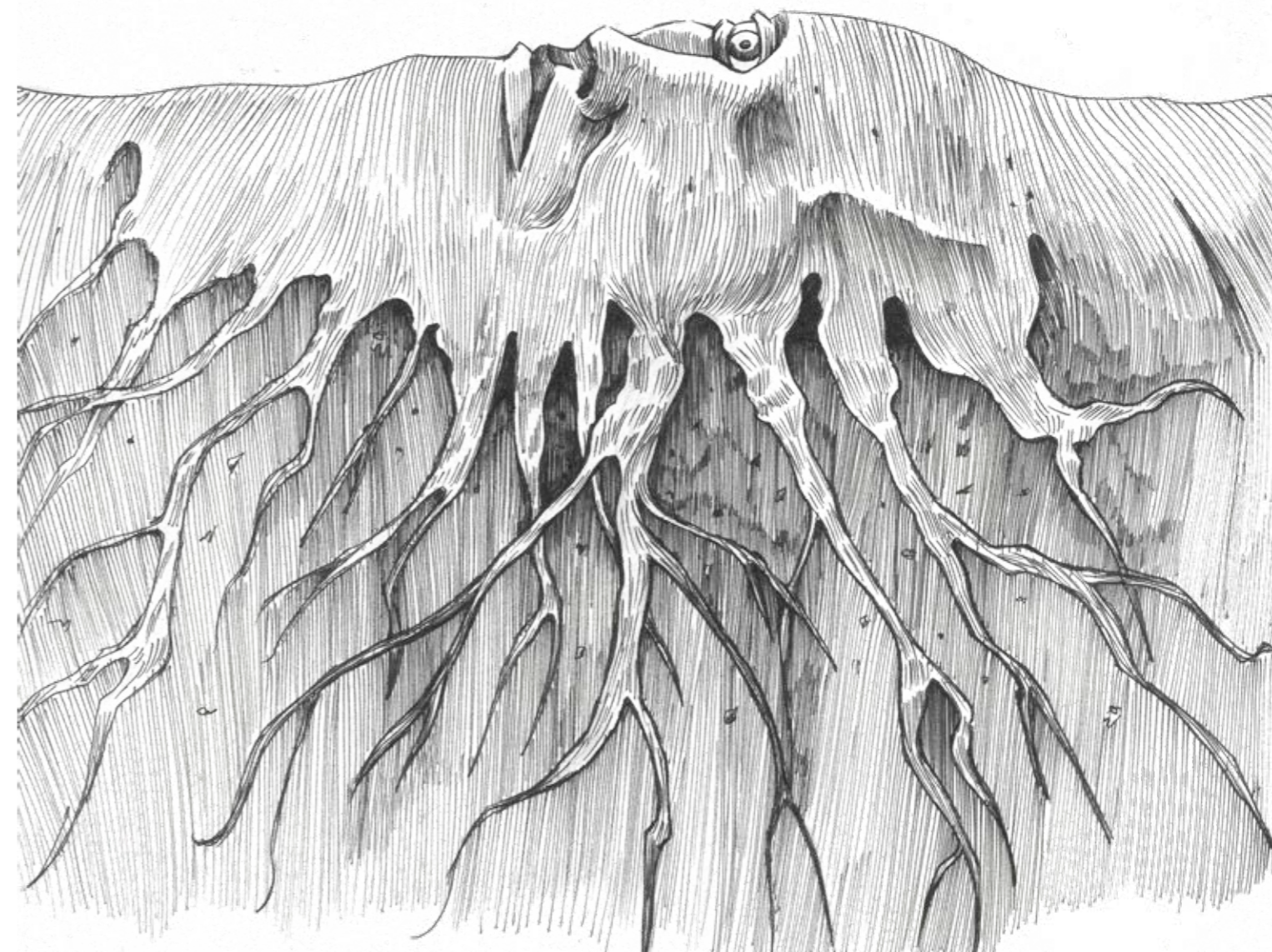
Índice

- 5 **Descalzo en la tierra** | *Emilio Jorquera*
- 6 **El color es una experiencia que produce el cuerpo** |
Bernardita Eltit Concha
- 8 **Oscuridad bizarra** | *Ignacio Ramírez Pérez*
- 9 **Resentimiento** | *Daniel Sanhueza*
- 10 **Aspectos telúricos de la vida provinciana** | *Andrea Jara*
- 12 **Cartografía** | *Ana Mora Estrada*
- 14 **Vida telúrica** | *Jennifer Miranda*
- 17 **Topofilia / Topofobia** | *Kate López Gaete*
- 18 **Retorno** | *Monserrat Bravo A.*
- 19 **Mochilear** | *Carolina Ramírez Abarca*
- 22 **El diablo rayuelero** | *Patricio Lobos Muñoz*
- 25 **Un lugar perdido en el tiempo** | *Cristal Vargas*
- 26 **Oda a la incivil vida retirada** | *Esteban Salinero*
- 28 **La geografía de la ecografía** | *Enrique Winter*
- 30 **El lugar de una** | *Jazmín Miranes*
- 32 **Parte de la tierra** | *Karim Verdejo*
- 34 **Traducción: god's river** | *Valeria Soto*
- 36 **Que no nos trague la tierra** | *Valentina Palominos*
- 37 **Carta de despedida** | *Paloma Domínguez Jeria*
- 39 **Concurso literario**
- 42 **Gracias Santiago** | *Nicolás Vera*

Editorial

Es de pensamiento habitual que en el contexto presente, lleno de cambios e inestabilidad, lo único seguro es el territorio, el lugar donde estamos. Sin embargo, en *Escrituras telúricas: donde estamos es quienes somos*, se pretende proponer cómo ese territorio es cambiante y efímero. Tal cuestionamiento ha conducido a un proceso de reflexión que gira en torno a una palabra esencial: telúrico.

Hablamos de lo telúrico cuando nos referimos al movimiento y a la tierra. Nos preguntamos sobre la estrecha relación entre el lugar donde vivimos, las personas que somos, y cómo estos interactúan. Asimismo, desarrollamos cómo nos define el vivir en Chile, con sus diferentes paisajes y regiones; el choque de la naturaleza con el espacio ciudadano. Abarcamos el ser de región, distante del epicentro que muchas veces se reconoce como Santiago. Además, se exponen los orígenes de la mitología perteneciente a los sectores periféricos a la capital, explorándolos como un espacio fértil para la creación, presente en un diálogo narrativo que problematiza el intento de desconexión de la ciudad y su choque con la profundidad del misticismo del sur. También, se plantea la experiencia de ser injertes en la capital, jamás olvidando que caminamos y dejamos las huellas de donde somos. De la misma manera, desarrollamos el ámbito político que implica habitar un territorio, en el cual surgen temas como la percepción de la otredad respecto a las clasificaciones raciales y las consecuencias del reciente contexto electoral. Aquella discusión incluye, necesariamente, al migrante y a la persona que se siente marginada en su propia tierra; cuyas experiencias son igual de ricas en matices, contrastes y bellezas. En la presente edición analizamos cómo esta problemática se refleja en la literatura, tanto incipiente como establecida.





provincianos

@provincianos.editores

@provincianos.editores

www.provincianoseditores.com

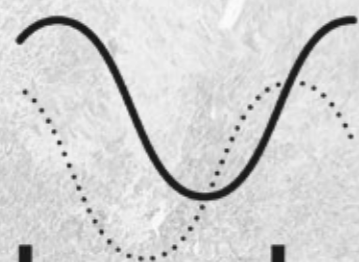


INUBICALISTAS

@inubicalistas

@ediciones.inubicalistas

www.edicionesinubicalistas.cl



banda
propia
editoras

@bandapropia

@bandapropia

@bandapropia

www.bandapropia.cl



Emilio Jorquera

Descalzo en la tierra

Soy el más ignorante lo digo
sin temor a salir trasquilao,
entre pobladores y campesinos:
yo ni sé florecer un nardo.
Y llevo mis ojos cosidos a los libros,
sé muchas palabras para expresar,
aun así, no soy ni sal ni pizca,
bajo la sabiduría tierna de mi madre.
A sorbo dudosos de warisnake
aprendí de quienes
se echan el inagotable sol al hombro,
lo llevan hasta el fin de la hilera en carretilla,
y lo cargan bien amarrao
hasta Lo Valledor.

Los oídos se descascaran,
y rebobinando la conversación
entre vuelta y vuelta en la cama,
antes de que me pegue el chuzo
pal otro día de siembra;
me examino y me dudo,
frente al espejo sin empañar que tartamudea.
Esa, esa paliducha morisqueta existencial
que tanto habla a musarañas, he sido yo,
cruzando vitrinas como sombra
deteniéndome en baños
con rostro grasiento y asustado,
durante años he calzado kilómetros
y los caminos me guardaron
por zapatos errantes.

—Sáquese los zapatos, compaire —me dijo
un borrachito al filo de su vaso como un alfiler.

Décadas de pudor fijo,
de tanto gastar suelas
en las calles;
tantos tactos extraviados
de publicidad en las huellas.

Tuve y me tuve en silencio,
sentí muerte palpita.
¿Por qué no hacerlo?
por algo me lo dice
ese hombre ha caminado
antes de que yo naciera.
Y entonces,
puse mis pies desnudos sobre la tierra.

Cayó la teja, y viera usted pariente,
¡oiga!
me crujen los cartílagos de greda.
Tamaire, mecón, que siento
aguardiente en las venas,
al pisar ese borujo bien envenenao
que llaman tierra.

Y sentí que la tierra de mis pies la
conocía,
a pesar de estar bastantes años lejos
de ella.
Toda tierra es de caminos recorridos,
por huella humana, animal o sin
decido.

Conozco toda la tierra
y siento que en mis pies
están todos los rincones,
guardados de sien en sien.



Bernardita Eltit Concha

El color es una experiencia que produce el cuerpo

El cuerpo es el primer territorio en el que se habita y, ante la construcción y racialización formados por ojos ajenos, nace una incertidumbre. En este texto, Bernardita Eltit profundiza sobre las consecuencias de esta experiencia.

Soy una mujer árabe de color / y nosotras venimos en todas las tonalidades de la ira.

«¿Quién es esa mujer morena gritando en la / manifestación?»

Perdón. ¿Debería no gritar? / ¿olvidé ser todos tus sueños orientalistas?

el genio de la botella, /bailarina de la danza del vientre, chica de un harén, /voz suave, mujer árabe, /Sí, amo.

No, amo. /Gracias por los sándwich [sic] de mantequilla de maní

que nos tiras desde tus F-16, amo.

Rafeef Siadah

Me veo a mí misma preguntándome de qué color soy mientras trato de decidirme por una de las seis opciones que se abren en la pantalla para poner un puño... Miro mis manos y pienso en los rótulos que se usaban entonces, antes, establecidos desde lugares que estaban más allá de un océano. Pienso en los cuadros de casta del siglo XVIII y en las partidas de bautismo; en los zambos, en las chinas, en los tente en el aire y en los tornatrás, en las lobas y en las cambujas.

Pienso también, a ratos, en Garcilaso de la Vega, el inca, reconociéndose indio en España, en Aimé Césaire en Francia y su *Cuaderno de retorno a un país natal*. Pienso en los colores de mis antepasadas y en los versos de Rafeef Siadah: "Soy una mujer árabe de color y nosotras venimos en todas las tonalidades de la ira". Pienso en el color de las manos de mis hijos. Pienso en las palabras de la infancia, en la violencia, en los insultos. Pienso en la palabra chana, en negro curiche.

Leo los apuntes de mi hermana Cai sobre una clase de teoría del color. Ella anota frases como "el color es un fenómeno que existe solo en el umbral de la percepción", "el color es una experiencia que produce el cuerpo" y "los colores no existen". Me habla de Goethe, otro Goethe, y de su teoría; escribe que el color es un fenómeno relativo que cambia según las condiciones en las que es percibido, y que la percepción es inestable. Me muestra ejercicios y me explica con otras palabras —las suyas, las de su profesor— que son ilusiones ópticas, adecuaciones de la mirada, "ficciones", escribo yo. Ficciones del color. ¿Quién mira?

Sigo sin saber de qué color soy. No obstante, selecciono uno: queda grabado en ese puño, pero no en los demás dibujitos que por estos días parecen cercenar las posibles respuestas a unas cuantas. Los demás *emojis* siguen en un pretendido neutro que nunca lo es, por lo que tendré que volver a hacerme esta misma pregunta varias veces más. Todas las que sea necesario para entender el despliegue de una mirada eurocentrada que construyó y ficcionó un territorio habitado rápida y peligrosamente por la mezcla, por ende —y para la Corona— por el caos. Cuerpos mezclados, degradados en una alquimia hechiza, cuya lealtad fue difícil determinar para las autoridades virreinales. Quiltrajes sin precedentes que forman los colores que cargamos todavía hoy.

Las mujeres bien sabemos que el cuerpo es el primer territorio que se habita y que es un espacio en disputa. Visto y construido de color, racializado por ojos ajenos. Clasificado, jerarquizado, expropiado. Cuerpos y territorios escritos y proyectados, conceptualizados como botín; saqueados y profanados, asimilados, vueltos diferencia y otredad.

Miro ahora en otra pantalla ya no seis posibilidades, sino cuatro mil. Son los colores de los rostros retratados en *Humanae*. Me quedo quieta mirando la pantalla, buscando en el trabajo de Angélica Dass y en los cuadros de castas y en mis manos y en las de mis hijos y las hijas de otras madres en otros tonos, respuestas que no llegan, pero se insinúan. Habrá que inventar nuevos colores, pienso, ficcionar otros matices. Dass —y yo con ella— se pregunta, ¿de qué color es un lápiz color piel?



Anónimo, Pintura anónima con un listado de dieciséis castas, siglo XVII

Ignacio Ramírez Pérez

Oscuridad bizarra

Siempre quedan buenas historias después de unas vacaciones. En este relato, un capitalino solitario encuentra algo más increíble que una epifanía introspectiva. Ignacio Ramírez nos muestra lo más íntegro, más profundo y más real de los bosques de Valdivia.

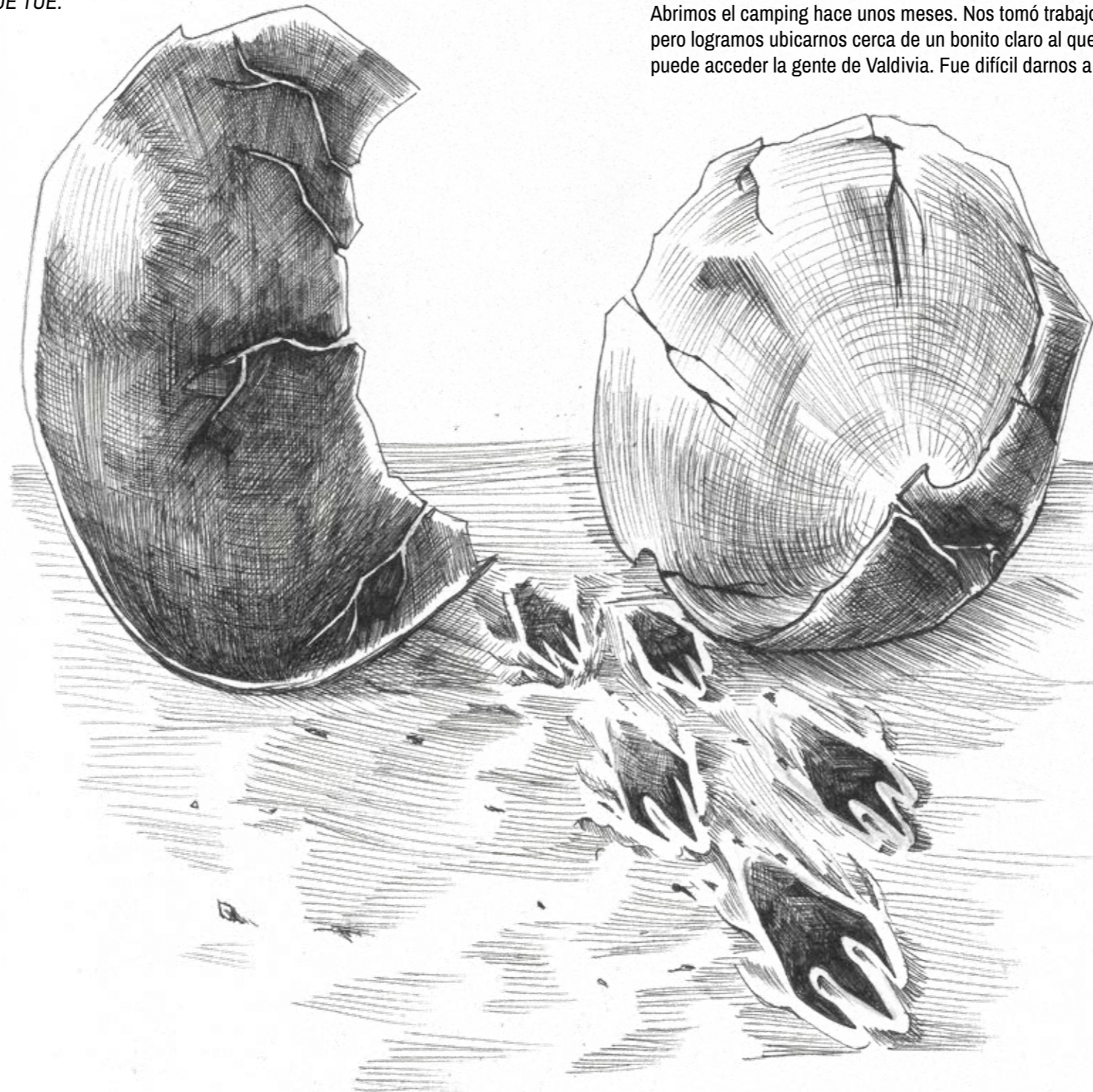
Segundo día de vacaciones y ya te instalaste. El lugar para acampar era barato porque quedaba lejos de Valdivia, aunque eso es lo de menos. Todos buscan escaparse de Santiago, pero se estresan buscando arriendo, restorán donde almorzar y donde ir a pasear. Es distinto, en cambio, si tú decides que lo mejor es estar en contacto con la tierra, porque eso es lo que te hace tanta falta; donde vives y donde, quién sabe, irás a parar. El cemento, el humo del cigarro y las micros deprimen. Te deprimen.

Abres tu carpa a la medianoche y observas el inmenso escenario brillante, te quedas allí un buen rato. Escaparse de la tierra, hacia el espacio. Piensas que es irónico que una idea tan hippie haya sido desarrollada por científicos capitalistas. El aire del bosque es suave, no sientes frío ni calor, todo se encuentra en una aparente calma. Ves como todo nace, crece y muere en un parpadeo. Comienzas a levitar y te das cuenta de lo inmenso que es el mundo. Observas como lentamente abandonas ese bosque; luego Valdivia; la cordillera; el continente. No ves el límite entre Chile y Argentina, ni el de Chile con Perú, ni Brasil con Argentina. Solo es tierra.

Ves como todo nace, crece y muere en un parpadeo. Comienzas a levitar y te das cuenta de lo inmenso que es el mundo

Caes de un salto y te despiertas tras sentir un picoteo en la carpa. Temeroso, pruebas tocar desde adentro por si hay alguna reacción. Nada. Sales y ves a un pollito negro. Puedes respirar tranquilo. Te preguntas dónde estarán los demás animalitos. Recuerdas esos pollitos que vendían en la feria y que morían a los pocos días, por descuido o alguna otra razón extraña, ajena a tu niñez. Decides

tomarlo. Grave error. El pollito comienza a cacarear mientras crece de forma desenfrenada. Pollito, polluelo, pollo adulto y pollo muerto. De las cenizas del cadáver emerge un huevo negro. Lo miras y ves que el huevo palpita. Luego, ves tu rostro en el caparazón cuya extraña textura se asemeja al de la cerámica... Inmóvil, ves como el cascarón comienza a romperse y desde adentro sale un pequeño clon de ti mismo que comienza a gritar: *TUE TUE, TUE TUE.*



Daniel Sanhueza

Resentimiento

Un buen negocio no significa una buena vida. Los campistas santiaguinos colman la paciencia de uno de los dueños, por lo que decide que es momento de darle una lección. Daniel Sanhueza nos cuenta cómo un ente del sur se enfrenta a un capitalino solitario.

Abrimos el camping hace unos meses. Nos tomó trabajo, pero logramos ubicarnos cerca de un bonito claro al que puede acceder la gente de Valdivia. Fue difícil darnos a

conocer, aunque por suerte mi compañero siempre ha tenido labia para atraer a los más incautos. Con el tiempo, fuimos ganando fama como uno de esos lugares en medio de la nada, que servían para escapar del ruido de la ciudad y estar *en conexión con la naturaleza*. La idea se me hacía risible, considerando que la naturaleza estaba incluso en sus ciudades llenas de cemento, pero mi socio me aseguró que esos crédulos serían la mejor clientela posible. A pesar de que también venían algunas familias, la mayoría del tiempo eran jóvenes "aventureros" que pedían nuestra guía para quedarse en el bosque o en las montañas.

La verdad es que el trabajo no era malo. Conocíamos personas tan enfadadas como nosotros con las grandes ciudades, a veces incluso escuchaban nuestras historias. Aunque todo estuviera bien con el negocio, discutíamos constantemente sobre porqué nos habíamos mudado al norte. Mi compañero persistía en su indulgencia con la gente del continente.

Estaba harto de que estos idiotas siguieran tratando nuestras costumbres como basura esotérica exótica

— Deben confiar en nosotros — me decía—. No podemos tener la misma vida que en la isla.

No estaba de acuerdo. Ya estaba harto de seguir rechazando nuestras raíces más antiguas, desconectándonos cada vez más del gran azul. Estaba harto de que estos idiotas siguieran tratando nuestras costumbres como basura esotérica exótica. Por eso una noche me dejé llevar. Esperé a que mi compañero se durmiera y dejé la sede del camping con un pequeño regalo para nuestro huésped más antiguo. En mi mochila llevé un huevo negro y usé a ese hombre como mi primer juguete. El sujeto era un desastre. Un capitalino solitario que buscaba desesperadamente perderse en el bosque. Asumimos que buscaba redención espiritual, pero los espíritus no tenían por qué curarlo si él era su propio problema. Planté el huevo cerca de su carpa y una vez alejado, lo activé; solo bastó eso. Las energías del gran azul lo juzgaron por lo que era, y cuando el pájaro se convirtió en hombre y grznó, ya era demasiado tarde.

Andrea Jara

Aspectos telúricos de la vida provinciana

Contracorriente, Andrea Jara nos narra cómo dejó la capital para ir a estudiar a Chillán. Aprendiendo de la calma de vivir en la provincia, escribe sus emociones fuertes y experiencias telúricas.

La primera vez que me enfrenté al concepto telúrico estaba en segundo año de Pedagogía en Castellano y Comunicación, en la Universidad del Bío-Bío en Chillán. Estábamos en una clase de Literatura Romántico Realista y mi profesor, Juan Gabriel Araya, luego de hablar del naturalismo nos presentó y explicó el concepto. Es un recuerdo muy latente: estábamos en una pequeña aula del campus La Castilla, él nos señaló cómo la novela *Zurzulita* de Mariano Latorre, representa el determinismo telúrico de forma ejemplar y nos advirtió, mirando a las mujeres de la clase, de no ser como esa maestra rural, que es interés amoroso del protagonista. Eso nos arrancó sonrisas, sabíamos que no terminaría nada bien.

Como la mayoría de los estudiantes jóvenes, “amantes de la literatura en épocas previas al internet masivo”, con mis amigos éramos una mezcla de alegría, cinismo, descontrol y fraternidad. Engrupidísimos con los saberes que aprendíamos, los discutíamos en tertulias y carretes. Entonces nos encariñamos con el concepto y nos lo apropiamos como adjetivo. Todo para nosotros era telúrico.

Siendo una joven nacida y criada en Santiago, mi decisión de migrar de la capital a la provincia para estudiar fue extraña. Generalmente es al revés. Chillán no me era ajena, pues tenía familia, pero no me imaginaba viviendo allá. Las circunstancias que me llevaron a postularme en una universidad de región no tenían nada que ver con un verdadero plan de vida. Fue más un juego que una opción que considerara realidad. Pero quedé y me fui de la gran metrópolis.

Amoldarme a la vida provinciana fue complejo. La gente tiende a ser mucho más conservadora, la locomoción colectiva casi desaparece después de las 9 de la noche, y el panorama cultural se reduce casi a cero. Poco a poco comencé a adaptarme a sus ritmos más tranquilos, a sus distancias, a los negocios cerrando a la hora de almuerzo para disfrutar de la siesta, a las personas siendo mucho más amables y al vínculo con la comida como rito de socialización y fraternidad.

En el colegio, las profes siempre nos advirtieron que el mundo universitario era egoísta, competitivo e implacable, y que a nadie le ibas a importar; creo que era su forma de prepararnos para la vida. Pero mi experiencia universitaria en provincia significó un mundo absolutamente diferente a esa mítica imagen: fue cercano, ameno y generoso. No conocí esa academia ególatra y rimbombante.

Entonces, nos encariñamos con el concepto y nos lo apropiamos como adjetivo. Todo para nosotros era telúrico

Cada año a mi carrera entraban 35 personas, eso aportó a que todos se ubicaran con todos. Los y las docentes se repetían varias veces en diferentes ramos, por lo que el vínculo que se generaba era más cercano y de confianza. Era común compartir con tus profes fuera de la U, encontrarles paseando en la plaza, comprando en el supermercado, que se supieran tu nombre y que tuvieran chistes internos contigo. Siempre lo sentí como un espacio en donde esos adultos nos acompañaron y nos cuidaron mientras dejábamos de ser adolescentes.

Mis padres son del sur: mi mamá de Chillán y mi papá de Tomé. Como la mayoría, se vinieron a Santiago por las oportunidades laborales. Aun así, la vida provinciana

siempre determinó nuestras dinámicas familiares, como son la celebración del santoral y la preparación del ponche para cada evento familiar. Y luego, los años universitarios me demostraron que estaba destinada a esa vida, que ese vínculo con “la vida retirada” era telúrico.

Básicamente, mi vida provinciana terminó siendo telúrica porque me conecté con mi origen, porque volví a la raíz de mi genealogía y porque, gracias a ella, construí vínculos que son indestructibles y que aportaron a la construcción de mi propia identidad.

Al terminar la universidad, la mayoría de las personas de mi círculo se fueron de Chillán. Retornaron a sus hogares u optaron por aventurarse en otros horizontes. Entonces, regresé a Santiago.

En enero supe que el profesor que me enseñó sobre lo telúrico había muerto. Juan Gabriel Araya no sólo me enseñó literatura, sino que me mostró el vínculo docente-estudiante que quería construir. Era un señor que aparentaba seriedad, solemnidad y distanciamiento, pero que en sus cátedras nos invitaba a discutir con vehemencia; se daba el espacio de compartir y bromear con sus estudiantes, y se emocionó profundamente cuando fuimos a su oficina a cantarle *Piensa en mí* para su cumpleaños. No puedo escribir sobre mi propia inclinación a lo telúrico sin mencionarle, sin agradecerle, sin recordarle.

Tras la universidad, me acostumbré nuevamente a vivir en la capital. Pero, de todas formas, existe en mí una añoranza a esos días de vida retirada, como un plan a futuro o una promesa a esos recuerdos juveniles.

Lo telúrico no fue trágico, sino determinante. La naturaleza no me agobió, me contuvo. El peso familiar no me atormentó, me liberó. La vida provinciana no la planeé, pero ella me construyó.

Y todo eso, sin convertirme ni por un segundo en la profesora rural de *Zurzulita*.



Ana Mora Estrada

Cartografía

¿qué tiene la distancia
que solo existe cuando se piensa en ella?
no se piensa en el camino
sin que se vaya a un lugar
¿qué tienen los lugares
que parecen pertenecerte?
fuera de los obvios
como tu casa
pienso también
en las estaciones de metro
donde te bajas
como si fueran tuyas
como si fueras dueña, y cuando las cruzo
pienso que vas a aparecer
y decirme que no puedo estar ahí,
pienso en los recorridos que haces
cuando yo hago los míos
pienso que siempre
tenderemos a encontrarnos
porque nuestras vidas son similares,
pero nunca lo hacemos
incluso cuando camino por tus calles
tomo tus direcciones
y me bajo en tus estaciones
te busco en el andén
para fingir que nos encontramos
pienso en que cuando te vea
voy a ignorarte y a fingir
que eres tú la que no pertenece
que estos son mis caminos
y este es mi vagón
mi paradero
mi esquina

y tú eres la intrusa
que se ha encontrado conmigo,
y de quién son las ciudades finalmente
a quién pertenecen las calles
que van a todas partes
que se extienden sin dirección
a través de la ciudad
me pregunto si las calles
se identifican con quienes las caminan
si las hacen dueñas de sí
si son ellas quienes definen
a los extranjeros y los invasores
¿cómo se convierte una
en la dueña de una calle?
si pudiera,
andaría por todo Santiago
invadiría todos los lugares
me apropiaría de todo lo que hay
pero sé que, aun así,
no nos encontraríamos
porque para mí la distancia existe
porque estoy consciente de ti
tú en cambio me has olvidado
ya no soy el lugar al que quieres llegar
y no piensas nunca
en las calles que me pertenecen
y mucho menos
en las que nos pertenecieron a las dos.

“Pájaro” - Irma Sepúlveda @irmmmmmma
Oléo sobre tela



Jennifer Miranda

Vida telúrica

Con una lucidez apasionante, Jennifer Miranda nos conduce por una reflexión de magnitudes históricas, culturales y sociales. En su ensayo “Vida telúrica”, fija su mirada tanto en las consecuencias del territorio (ya sea un concepto o una realidad) como en la importancia de su influencia en nuestras vidas.

Cuando hablamos de una vida telúrica, parece ser que hablamos de un concepto extraño, sin embargo, hablamos de la vida misma, con todos sus movimientos y sorpresas. El término telúrico proviene del latín *tellus*, que significa tierra. En cuanto a su uso, puede referirse a los movimientos internos de la tierra o a un estilo literario conocido como el telurismo. La Real Academia Española define la palabra telúrico como: a) perteneciente o relativo a la tierra como planeta y b) subterráneo. Atendiendo ambas definiciones, los sismos, los temblores y los terremotos serían considerados movimientos telúricos.

En relación con la definición que otorga la RAE, podemos decir que todos somos telúricos y, por ende, también lo son nuestras vidas; sin mencionar que vivimos en un territorio famoso por su gran actividad sísmica. Tomando todo esto en consideración, sería correcto afirmar que lo telúrico afecta quiénes somos, cómo nos relacionamos con el mundo y cómo procesamos los movimientos de aquello que llamamos vida.

Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de territorio? ¿A la Tierra, a Hispanoamérica, o a Chile? La respuesta correcta es: todas las anteriores. Habitar un espacio implica ser parte de todos los otros también, los cuales nos afectan de diversas maneras, tales como el hecho de que hablemos español o el que tengamos tragos típicos como el terremoto; ambas son consecuencias de vivir en este territorio llamado Chile. También lo es nuestra tradición cultural y literaria: al litoral central lo llamaron “litoral de poetas” cuando todo el territorio debería ser llamado “país de escritores”, ya que entre todos los habitantes escribimos nuestra historia y generamos cultura. Gabriela Mistral, por ejemplo, era de

Vicuña; Diamela Eltit, ganadora del Premio Nacional de Literatura del 2018, de Santiago; la mística María Luisa Bombal nació en el Paseo Monterrey, Viña del Mar; Marta Brunet, diplomática, escritora y ganadora del Premio de Novela de la Sociedad de Escritores de Chile, es originaria de Chillán.

En este territorio de literatura y cultura inagotable, el espacio también parece serlo. Las líneas de los mapas no logran abarcar la inmensidad del territorio que es realmente Chile y cómo este afecta quienes somos. No es lo mismo vivir en Arica que vivir en Ancud, como tampoco lo es vivir en la Tierra del Fuego que vivir en la tierra de los edificios. La centralización que estructura nuestro país también nos marca y nos define. Se crea una división entre la región Metropolitana y todas las otras, que son más grandes, más fuertes y más ignoradas: invisibles. No obstante, a pesar del inagotable espacio que este inmenso territorio abarca, existen personas que no pertenecen a ningún espacio o que se ven marginadas dentro de estos por no cumplir con las normas que conforman este territorio al que pertenecen. Este, a pesar de su vasta diversidad, sigue marginando a la gente que escapa a aquellas normas, ya sea por sus creencias religiosas o espirituales, por su identidad indígena, por su expresión de género, que rompe lo binario, o por su sexualidad, que sale de lo hetero.

Habitar un espacio implica ser parte de todos los otros también

Es importante romper todas las barreras que nos impiden ver otras realidades y, de esta manera, llegar tanto a los territorios vulnerables, igual de telúricos y ricos en vivencias, como a aquellos que se vuelven invisibles en el gran panorama nacional. Pertenecer a un territorio, sentirse parte de él, se refleja en nuestra escritura de una manera distinta a la de alguien que se ha visto marginado de los espacios en los que habita. Es imposible pensar que el lugar donde estamos no afecta quienes somos, cómo nos relacionamos con el resto de las personas y espacios o, incluso, cómo exteriorizamos nuestras emociones; ya sea

a través de la música, la danza, el teatro, el arte o, en este caso, en la literatura.

Llegado este punto, se debería explicar qué es lo que se conoce como realismo narrativo o mejor dicho, lo que se conoce como novela telúrica. Entre el siglo XIX y el comienzo del siglo XX en Hispanoamérica surge el costumbrismo, movimiento literario que se basa en retratar las costumbres populares de un país o una región, mostrando la realidad de una manera objetiva, sin juicios ni interpretaciones; este coexistió con el realismo y el modernismo. La mezcla de estos tres movimientos da paso a un realismo social que prescindió de los conocidos héroes literarios para centrarse en plasmar las vidas de las personas comunes.

Es importante romper todas las barreras que nos impiden ver otras realidades y, de esta manera, llegar tanto a los territorios vulnerables, igual de telúricos y ricos en vivencias, como a aquellos que se vuelven invisibles en el gran panorama nacional

Algunas de las obras literarias que fueron escritas y publicadas durante esta época son consideradas novelas telúricas, entendiendo el factor telúrico de estas como el efecto que tiene lo territorial en la descripción de la atmósfera narrativa. La literatura hispanoamericana tiene una dimensión telúrica evidente, ya que muchas obras describen las fuerzas internas de la naturaleza como un elemento que condiciona el temperamento y comportamiento de los individuos. Estas obras de la tradición telúrica también contienen características esenciales: 1) el interés por los espacios rurales y el



Kate López Gaete

Topofilia / Topofobia

paisaje. urbano; 2) los temas sociales; 3) la relación entre el individuo y la sociedad que le rodea. Dentro de la tradición literaria chilena, tanto *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas como *Gran señor y rajadiablos* de Eduardo Barrios pueden ser clasificadas dentro de la categoría de novela telúrica.

Por lo tanto, es válido decir, que la novela telúrica muestra a la naturaleza como una entidad grandiosa e incapaz de dominar. Esto, a su vez, alude a la necesidad de libertad que muchas personas sentían en esa época, la cual sigue vigente en los habitantes de este extenso espacio conocido como Chile. De esta forma, una podría afirmar que cada novela que trata de personas comunes, sin embellecer el paisaje o la vivencia, es una novela telúrica. Mejor dicho aún: cada escrito que presenta un reflejo objetivo de las personas comunes y de sus realidades es una escritura telúrica, en la que podemos ver representadas las diversas costumbres o frases típicas propias de las distintas ciudades, pueblos, villas y personas.

Hoy, de cierto modo, experimento en el cotidiano la dimensión telúrica. En mi experiencia ocurre que, aun en la centralización que el vivir en la Región Metropolitana me otorga, sigo siendo un ente periférico. Los viajes en micro de una hora son la base de todas mis experiencias. Mi identidad sexual y mi performance del género femenino se ven dictadas por la inseguridad constante de moverme en un territorio diverso que funciona sobre la base de la violencia y el miedo. Y, sin embargo, encuentro un oasis de seguridad en esta gran ciudad: en los brazos de una hermana, en los "avísame cuando llegues" de mis amigas y en los "cómo está mi niña" por parte de los vendedores de mi calle. Está claro que no podemos escapar de la influencia de los espacios a los que pertenecemos, incluso cuando estos lugares son efímeros y más simbólicos que físicos. En la actualidad, el movimiento frenético de la vida nos obliga a mantenernos siempre alerta del espacio que nos rodea, y el territorio que habitamos nos invita a representarlo con amor, dolor, admiración y temor; con lápiz y papel, tal como lo hacía Lemebel.



Montserrat Bravo A.

Retorno

El cuento de Montserrat Bravo A. logra encapsular el sentimiento de añoranza –la necesidad de querer estar en un tiempo o lugar distinto– que se gatilla por la experiencia de verse atrapado en el ritmo abrumador y desenfrenado de Santiago.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la baranda a su lado. *Paramar* de Los Prisioneros sonaba a través de sus audífonos. Cada vez que los escuchaba, una nostalgia enorme nacía en su interior, una añoranza extraña que amenazaba con succionarla, sus entrañas, sus pensamientos; todo, todo de sí. Imaginaba cómo hubiese sido vivir en aquella época: la juventud que sus papás vivieron, existir en el momento que esas canciones fueron lanzadas. Canciones como esas le transmitían cosas que no entendía, porque ni siquiera había nacido, sin embargo sentía como si todo lo que ocurrió en esos años lo hubiese vivido en carne propia.

Cuánto extrañaba la playa, su brisa; la persona en la que se convertía cada vez que iba. Renacía cada vez que viajaba a la costa.

Se bajó del vagón justo cuando *Caraluna* de Bacilos comenzó a sonar. La *playlist* que escuchaba se había acabado y ahora sonaban canciones recomendadas. Salió del metro con la vista perdida, zigzagueando inconscientemente entre las personas. Recién cuando se detuvo a esperar a que el semáforo cambiara de color, miró a su alrededor, notando que ya comenzaba a atardecer. Tonos cálidos bañaban a los árboles, los edificios tapaban los cerros que rodeaban la ciudad y la cordillera estaba a sus espaldas. Lo único que podía admirar era el cielo, nada más que el cielo. Entonces, notó la leve brisa que había dentro del calor sofocante que se creaba en aquel hoyo que era Santiago. Solo en ese momento, por unos pequeños segundos, se dejó imaginar que estaba en el litoral central y que la calle por la que acababa de doblar, pequeña y menos

concurrida, terminaría en un cruce que luego desembocaría en la playa, la arena y el mar. Cuánto extrañaba la playa, su brisa; la persona en la que se convertía cada vez que iba. Renacía cada vez que viajaba a la costa. Todas las energías que había perdido en Santiago, las recuperaba con un solo barquillo. O una palmerita. O un algodón de azúcar. O papas fritas. Siempre había tantas opciones, tantas cosas por hacer. Nada se repetía y le encantaba.

Se detuvo frente a la puerta de su casa y descolgó un audífono mientras buscaba las llaves en su mochila. Al entrar chocó de golpe con la loza sin lavar, la cama deshecha; el desorden. Suspiró, pensando que tendría que volver a salir a comprar el pan para la once. Apagó la música y guardó las llaves donde siempre. Quizás el próximo fin de semana viajaría. Sí, ojalá sea el próximo.



Carolina Ramírez Abarca

Mochilear

Enmarcado por el viaje, este breve relato de Carolina Ramírez nos muestra una perspectiva de encantadora humanidad, frente a contingencias que no son ajenas a nadie.

31 de enero, 2022

Ya me acostumbé a la mochila con cara invisible en la que viajo. Al principio, me puse nervioso porque me gusta estirar las patas y caminar con mi correa, pero viajar en las cuatro ruedas es distinto y depende mucho del jefe. Mi mamá dice que hay choferes pesaos, que al verme impiden que suba a ese gran gusano. Otros hasta sonrían y preguntan cuál es mi nombre. El Tomi, responde ella. Ah, el Tomi, qué cucho más lindo.

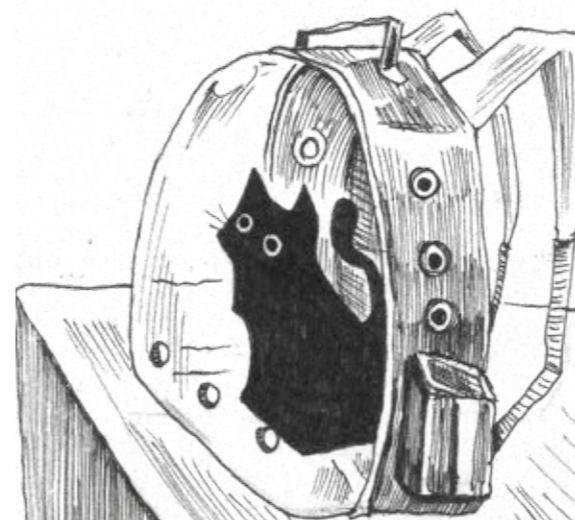
A cada paso que el gusano daba, parecía que se le saldrían las patas. Estábamos nerviosos, así que decidí mirar por la ventana.

—Vamos al norte, Tomi, vamos a Iquique.

Ni idea quién es Iquique, pero supongo que es simpático si mamá se veía tan contenta. Aunque creo que también estaba tensa.

Mi mamá me hacía cariño cuando, por fin, vi al gato gigante. Me encantan. De fondo escuché a una mamá chica decir cabalo. Me gustaría responderle que no, que no es un *cabalo*, sino un gato como yo, pero más feo y grande.

Desperté de golpe, sin darme cuenta de que me había



quedado dormido. Había mucho ruido afuera. El chofer movió rápido al gusano como si buscara escapar. Escapaba, pero ¿de qué? Mi mamá tenía tan agarrada mi mochila que sus almohadillas estaban blancas y tiesas. Al mirar afuera con dificultad, solo pude divisar el humo. Maullé, quería bajar a la fogata, pero todos estaban muy serios. El gusano se detuvo tan bruscamente que casi volé.

—¡Aprovechen de bajar ahora que no hay nadie! —gritó el micrero.

Mi mamá tenía tan agarrada mi mochila que sus almohadillas estaban blancas y tiesas

Todos se bajaron rápido. Yo quería correr con ellos. Me daba miedo que el gusano cagara conmigo adentro. Al salir, había mamás de todos los tamaños, pero una me llamó más la atención: lloraba con su cría en un rincón. Quise ir a amasar su pechito sollozante.

—¡Fuera del país! ¡Fuera del país! —coreaba un grupo de personas.

Estaba más nervioso, sobre todo viendo que mamás hembras y machos rompían casitas de telas frente a nosotros.

—Qué vergüenza —dijo mi mamá—. La gente no entiende por qué ellos migran.

Migrar, qué palabra más curiosa. Yo ya la conocía, pero no sé por qué hacen tanto drama si todos me hacen cariño igual.

La riqueza mineral de Chile -
Carlos Maldonado Oviedo @soltrack

la riqueza mineral de Chile



Patricio Lobos Muñoz

El diablo rayuelero

Explorando el rico folclor de la región de O'Higgins, Patricio Lobos enfoca su mirada en el cerro Gultren, hogar sagrado de tradiciones tanto mapuches como cristianas. Mediante una aguda observación de las valiosas memorias que el territorio guarda dentro de sí, "El diablo rayuelero" resalta la búsqueda de una convivencia intercultural colmada de tesoros y celebración.

La leyenda

Cuenta la leyenda que Peumo antiguamente era el sitio donde el diablo practicaba su deporte favorito: jugar a la rayuela. Subía en una mula negra al cerro Gultren y tiraba los tejos hasta los cerros de Larmahue. Esto ocurría después de las 24 horas.

En cada quemada que hacía, pegaba unas risotadas estruendosas con las cuales asustaba a toda la gente. Después que jugaba, iba en su mula a ver cuántos puntos había sacado. Cuando estaba arriba del cerro, nuevamente hacía uso de su risa maléfica.

El pueblo de Peumo, atemorizado, decidió colocar una cruz en el cerro Gultren, y se cuenta que Satanás, en tres

oportunidades, la destruyó. Finalmente, un sacerdote muy santo hizo instalar una cruz de metal y se fue con todo el pueblo a rezar, con mucha devoción. Desde ese día, el diablo se alejó para siempre del valle de Peumo.

El Diablo Rayuelero es uno de los relatos folclóricos más conocidos de la zona central de Chile, especialmente de la Región de O'Higgins, sector correspondiente a los valles de Tagua Tagua, Cachapoal y Peumo. Se origina en el cerro Gultren (que significa en lengua mapuche "serpiente llegada a tiempo"), ubicado en el límite noreste de Peumo, con las comunas de San Vicente y Coltauco.

Este relieve montañoso ha tenido desde tiempos prehispanicos un carácter sagrado, ya que los indígenas realizaban ceremonias religiosas en sus cumbres más importantes, para honrar a la serpiente benefactora Trentren, reafirmando, con ello, una rica tradición mítica. Estas fiestas, probablemente, se realizaban el día 24 de junio, fecha del año nuevo mapuche coincidiendo con el solsticio de invierno; oportunidad en que la Tierra se aleja del Sol, generando el día más corto y la noche más larga del año. Al amanecer nace un nuevo Sol, que marca el término del tiempo destinado a las cosechas y el comienzo de una renovada temporada de siembras. Las lluvias limpian la tierra y la preparan para iniciar un nuevo período de producción.

La noche del 24 de junio, los mapuche e indígenas de la zona efectuaban una vigilia en la cumbre del Gultren,

ceremonias en la que participaban todos los miembros de las familias mientras compartían rogativas, comidas, bebidas y relatos ancestrales, alrededor de una buena fogata. Al salir el nuevo sol, el cerro llegaba a sentir las expresiones de júbilo en todo su ser. Hasta hace pocos años, en la memoria colectiva de los lugareños se mantenía el conocimiento de que los indígenas participantes bajaban al amanecer hasta el río Cachapoal para bañarse y efectuar un verdadero ritual de purificación. Con estos ritos, los naturales quedaban limpios de cuerpo y espíritu al comenzar un nuevo año, un período de renovación de la vida. Los animales iniciaban su ciclo de reproducción y los vegetales se preparaban para generar sus primeros brotes. De esta forma, llegaban a reconciliarse con Trentren Vilu, deidad que representaba la Tierra, la fecundidad y todo cuanto se producía sobre ella; y con Caicai Vilu, diosa de las aguas y del mal.

La importancia de ambas deidades está presente en el conocido mito mapuche del diluvio universal, en el cual la serpiente Trentren Vilu tuvo un papel protagónico en la salvación de los elegidos de esta etnia, cuando las aguas lo inundaron todo (diluvio universal) y ella facilitó su lomo para que este pueblo originario se subiera y no pereciera ahogado en las inundaciones provocadas por Cai Cai Vilu.

A la llegada de los españoles nace la leyenda del diablo rayuelero. Numerosas versiones señalan que el diablo celebraba fiestas y orgías en la cumbre de este cerro: "Bacanales no exentos de alcohol y malas costumbres", como las calificaron los primeros religiosos radicados en Peumo.

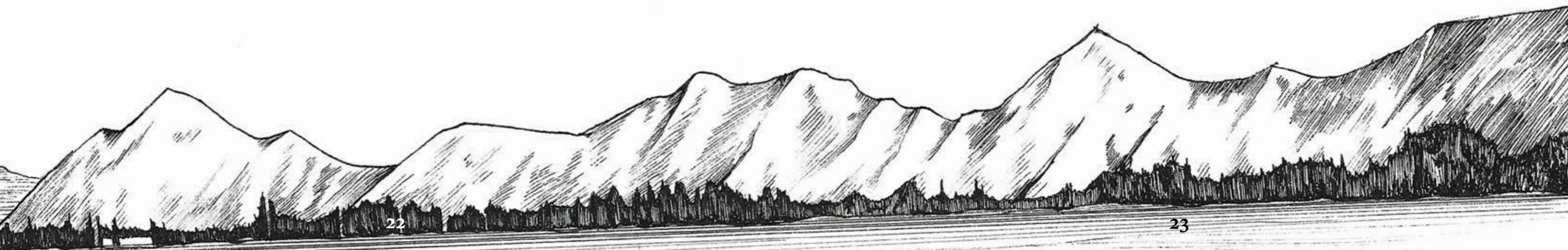
En realidad, los cristianos aludían a las fiestas que se efectuaban en el lugar en honor a Trentren Vilu. Como este tipo de actividades religiosas practicadas por los naturales no convenían o se oponían a la fe cristiana, los misioneros católicos se encargaron de condenarlas y relacionarlas con el espíritu del mal, el demonio. A fin

de terminar con esta práctica, los primeros sacerdotes de Peumo declararon que allí en el cerro celebraba fiestas el diablo, instalaron una cruz de madera y promovieron con mucha devoción la Fiesta de San Juan.

Numerosas versiones señalan que el diablo celebraba fiestas y orgías en la cumbre de este cerro: "Bacanales no exentos de alcohol y malas costumbres", como las calificaron los primeros religiosos radicados en Peumo

Con el transcurso del tiempo, esta cruz originaria se perdió por completo quedando muy pocos rastros de ella, hasta que se hace cargo de la Parroquia de Peumo el sacerdote doctor Antonio de Zúñiga, en 1758. Don Antonio, una verdadera eminencia espiritual, puesto que era doctor en Teología y maestro en Filosofía, se preocupó de rescatar y preservar los valores espirituales tradicionales como lo era el culto a la cruz, símbolo de la redención del mundo y elemento fundamental de la fe para quienes aspiran a la salvación de su alma. Es por esto que tramitó y alentó a sus feligreses a fin de instalar una nueva cruz de madera en el cerro Gultren.

La tradición popular señala que las correrías del demonio desaparecieron por un largo tiempo en la zona de Peumo, pero el transcurso de los años, la poca preocupación de los sacerdotes que vinieron después del doctor Zúñiga u otros motivos, hicieron disminuir el interés por la cruz del cerro Gultren, situación que alentó a algunas personas a cometer el sacrilegio de eliminarla y cortarla a hachazos. Antonio Acevedo Hernández, estudioso del folclor popular, señala en su obra *Leyendas Chilenas*: "Una mañana riente la cruz amaneció cortada, tal vez por el serrucho infernal.

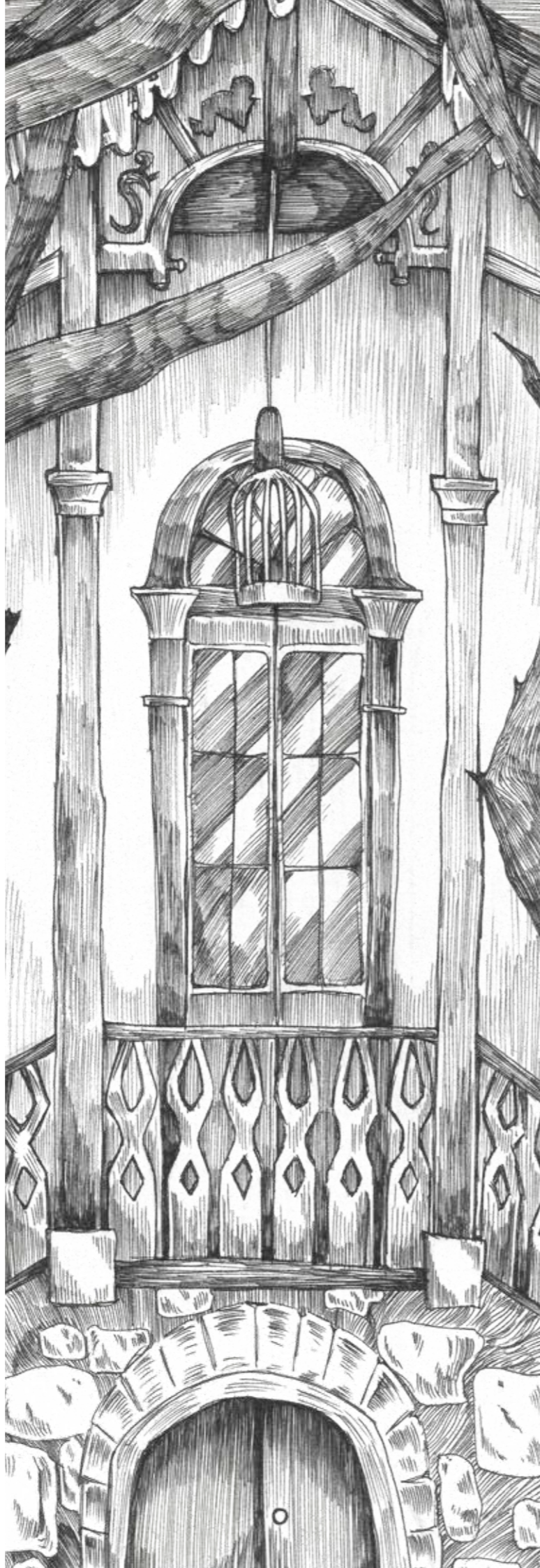


Nada se supo de los hechores, pero se dijo que el hombre tremendo de Peumo, el maquinista del ferrocarril, Belisario Araya, que era radical, había pagado, el pícaro, cincuenta pesos al descastado del chico Olgún para que cortara la cruz. Bien. Varios vecinos aseguran que el chico Olgún no estuvo solo”.

Tendría que hacerse cargo de la Parroquia de Peumo el sacerdote Eliseo José Fernández Hidalgo (1896-1908) para solucionar esta herejía: hizo reponer la cruz, instalando la actual, monumental de hierro.

El padre Walter Hanisch Espíndola en su obra *Peumo, Historia de una Parroquia*, manifiesta que don Eliseo Fernández “erigió en la cumbre del Gulutren una cruz de hierro, monumental, que es una de las maravillas de Chile. En su inauguración tomó parte el gobierno enviando una banda de caballería compuesta de 65 músicos. Asistieron a la inauguración 10.000 personas, contadas por don Antinio León. Los trabajos duraron dos meses”. La cruz fue bendecida el día 8 de diciembre de 1897, para la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Desde tiempos inmemoriales, el Gulutren y sus alrededores han sido considerados como zonas espirituales muy importantes. Por los motivos reseñados, la condición sagrada del Gulutren se ha mantenido en toda su magnitud, traspasando fronteras culturales muy diferentes y adoptando la misma condición religiosa original: la presencia del bien (la cruz redentora) y las fuerzas del mal (el diablo). Se mantienen, además, las rogativas, las fiestas, las peregrinaciones, y la transmisión del mito y la leyenda, propiamente tal. Allí, en la región de 'Higgins, desde tiempos milenarios conviven pacíficamente Trentren (el cerro, en forma de serpiente), Cai Cai Vilu (el río Cachapoal) y en los últimos tiempos, la fe cristiana.



Cristal Vargas

Un lugar perdido en el tiempo

El relato de Cristal Vargas nos sitúa, a través de una óptica minuciosa, en una típica casona rural. Hace un recorrido que destaca lo admirable de la arquitectura, pero también el inevitable paso de los años que la mellaron.

Desde que nací he vivido siempre en la misma zona, conocida por su tierra fértil, pero olvidada por muchos. Soy el dueño del mejor lugar, una de las pocas casonas coloniales que siguen en pie. Es bastante fotografiada por los pocos turistas que pasan de casualidad.

Mi hogar se encuentra en Catemu, Valparaíso, mi abuelita me contó que la zona tenía muchas más casas como esta. Solían ser de las familias más adineradas, por eso era común ver esta arquitectura.

Es admirada por ser una construcción antigua de dos pisos, paredes blancas y enormes ventanas. Para ingresar a la propiedad hay que cruzar un gran portón de metal oxidado y caminar unos metros por el jardín. Ahí se encuentran dos escaleras que permiten el ingreso por la puerta principal y otra más pequeña que da acceso al piso inferior.

Como muchas otras casas, tiene un extenso pasillo exterior resguardado por un tejado de color rojizo. Más arriba se pueden apreciar dos vitrales que iluminan su interior y, en el centro, una pequeña cúpula con balcón que permite ver toda la propiedad. Sin duda es un lugar magnífico para posarse a sentir la brisa primaveral y contemplar el paisaje mientras se canta una bella melodía. Además, el hogar tiene, en dirección al ala derecha, una amplia cocina, mientras que por la izquierda se vislumbra la capilla que posee su propia entrada.

En los inicios de mi infancia admiraba el sitio por ser el más hermoso, sobre todo al contrastar con las urbanizaciones de la zona central del pueblo. Ahora, cada año se ve más deteriorado: es evidente que no se cuenta con dinero para mantenerlo. Los establos ya no poseen vida, solamente hay grafitis, y los muros que protegían se caen a pedazos; si no fuera por los abundantes árboles, no estarían erguidos. La capilla tiene sus ventanas rotas y las enredaderas ocultaron la entrada con sus hojas.

Aunque no se parezca a lo que solía ser en sus mejores años, aún es mi hogar. Cada día, me levanto junto al alba para verificar el estado de la casona y, desde las alturas, miro hasta el más mínimo detalle

Aunque no se parezca a lo que solía ser en sus mejores años, aún es mi hogar.

Cada día, me levanto junto al alba para verificar el estado de la casona y, desde las alturas, miro hasta el más mínimo detalle. Luego regreso a mi nido, en el árbol más frondoso, donde cuido mi hogar de los vándalos o de cualquiera que se atreva a destruir este bello lugar, pues ahí se esconden una gran cantidad de historias de quienes han vivido aquí. Por eso, mientras siga con vida, mi legado pasará a mis polluelos junto a los hijos de los dueños. Por décadas crecerán, enriqueciéndose con la sabiduría de la tierra.

Esteban Salineros

Oda a la incivil vida retirada

Su estadía en San Fernando y la oda de Fray Luis de León, sirven de inspiración a Esteban Salinero para reflexionar sobre el traslado de los desperfectos de la capital a la vida provinciana.

Un día de verano, al visitar mi natal San Fernando, me encuentro con un vecino del barrio en el que viven mis padres. Un hombre de conversaciones largas en plena calle, anecdótico a punta de lengua y uno que otro chisme local incluido. Normalmente, me recibe con un fervoroso abrazo y recita con su vozarrón de locutor: “¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido, / y sigue la escondida / senda, por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido (...).”, versos de Fray Luis de León en *Oda a la vida retirada*, que lo hacen jactarse de la pacífica, envidiable y bucólica vida provinciana. “No sé cómo puedes vivir en Santiago”, me repite cada vez, para luego contarme que gusta de comprar tres o cuatro corderos anualmente en la zona del secano costero, los cuales pide trozados para distribuirlos en las casas de amistades y familiares en caso de antojársele un asado. Lo veo alejarse con su andar cansino, sombrero y moviendo de lado a lado una panza descabellada. Pienso que cada día este hombre ejerce como profesor de básica en una

escuela rural. Ahí me ha contado que, desde el segundo piso, domina bellos paisajes en el sector de Tinguiririca, hermosas vistas a la cordillera. Le encanta sentir el viento frío que baja desde la montaña. Allí realiza una labor formativa ejemplar en beneficio de muchachos que, con seguridad, seguirán el camino de sus padres en el futuro, trabajando en los cultivos: “pero aplicando tecnología”, me explica.

La vida provinciana tiene ese halo familiar donde aún, con la pandemia y estallido social mediante, es posible encontrar y conversar al paso, saludar o hacer un ademán. Así, por ejemplo, solo en una ida a la feria encontrarse con un ilustre abogado, un exalcalde, un exconcejal vendiendo paltas; al Don King local compitiendo con aceitunas, a gente que uno creía ya muerta y tras una que otra mascarilla, ojos aún reconocibles. Sugiero, por ejemplo, si usted desea insuflarse de ese aire puro y fresco, sentir el sol tibio y dejarse mecer por un paseo de mediodía, comenzar por la Plaza de Armas, el punto de partida y nacimiento administrativo de cualquier urbe de este tipo en la zona central. Según el escritor Antonio Gil, “la ciudad nace alrededor del cadalso, de la horca, el lugar adonde iban los campesinos a ver cómo se ejercía justicia y donde se realizaban artesanías indispensables para el trabajo agrícola”. Comenzando

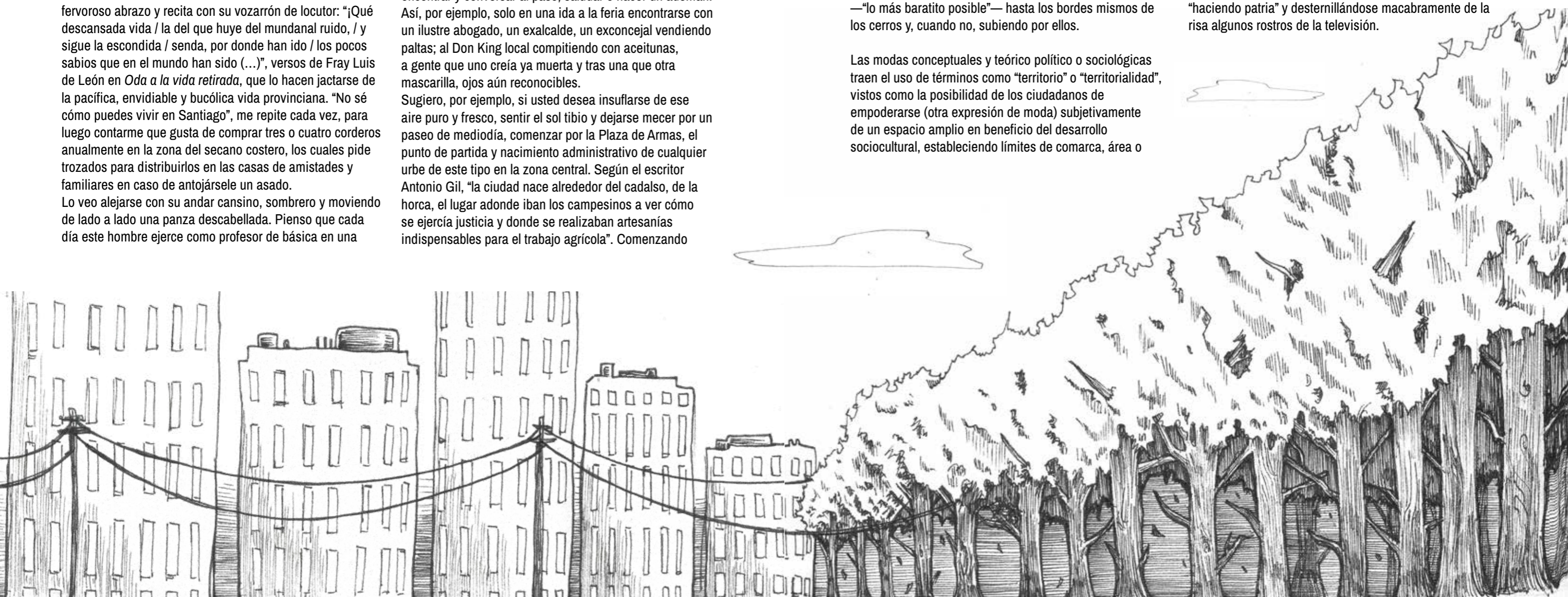
ese paseo —de preferencia en primavera— podrá darse cuenta de que en los últimos años las ciudades provincianas próximas a la capital se han ido convirtiendo en apéndices de esta. Adoptan costumbres cívicas y arquitectónicas, tales como: el arrojo de basura —con malentendida viveza— en una ventana que da a la calle, en los agujeros de los postes, entre los fierros de las rejas o en las puertas cancel de las casas de fachada continua; la red de cables aéreos que trazan otra ciudad de poste a poste, diseccionan el paisaje, ponen en riesgo las vidas de peatones y generan una densa contaminación visual; el derrumbe y demolición de casas patrimoniales, que dan paso a locales revestidos de cerámica y, cómo no, a edificios de departamentos. Y ojalá, finalmente, en el centro de la ciudad, la construcción de un enorme y desproporcionado centro comercial que termina por reventarlo todo, incluyendo la red de alcantarillado y corrupción, las calles circundantes y el más allá. De esta forma, la *Oda a la vida licenciosa* se transforma en las localidades de regiones, siguen así el fiel ejemplo de la capital creciendo como manchas, con periferias y circunvalaciones en todos los sentidos, teniendo a inciviles constructores y arquitectos urbanizando a destajo —“lo más baratito posible”— hasta los bordes mismos de los cerros y, cuando no, subiendo por ellos.

Las modas conceptuales y teórico político o sociológicas traen el uso de términos como “territorio” o “territorialidad”, vistos como la posibilidad de los ciudadanos de empoderarse (otra expresión de moda) subjetivamente de un espacio amplio en beneficio del desarrollo sociocultural, estableciendo límites de comarca, área o

región. De modo que, dichas fronteras terminan siendo, al final, las propias limitantes de lo que debería llamarse “desterritorialización”. Así, nos hemos cargado de pueblos en el olvido, ignorados por el poder central, y que solo hacen noticia cuando un socavón gigantesco amenaza con devorárselos, algún tarado o tarada comete un crimen horrendo, un alcalde se pasa de rosca con los dineros de la caja chica o un terremoto los pone en el mapa como epicentro de lo telúrico.

Es así cómo nos hemos cargado de pueblos en el olvido, ignorados por el poder central

Pienso en los *muchos Chile* existentes y en un país que tiene capas de profundidad, territorialmente hablando, para llegar al llamado Chile profundo. Uno que tendría que ver más o menos con el país provinciano o pastoril, relativamente remoto respecto de la capital, y que en la actualidad tiene como una de sus medidas de desarrollo y lejanía la existencia o no de la señal para teléfonos móviles, o el camino de tierra por el que transitan “haciendo patria” y desternillándose macabramente de la risa algunos rostros de la televisión.



Enrique Winter

La geografía de la ecografía

Los paralelismos entre el despertar contradictorio de un pueblo sometido y el inicio de una hermosa etapa en la vida de un padre, truncada por las indecisiones de su pareja, marcan este emotivo relato de Enrique Winter, quien plantea la perspectiva de un nómada frente a los acontecimientos recientes.

La primera vez que lo vi fue en una pantalla, el fondo negro y el marco redondo impusieron una imagen que me parece trillada ahora: una cápsula espacial con un cosmonauta girando. Como si la escafandra siguiera ahí, a sus dos años y medio mantiene la cabeza enorme y se ríe a ratos de la ley de gravedad. Quienes nos pusimos graves prontamente fuimos sus padres, pero no ese día. Reconocimos una nariz chuchú y las manos enlazadas, ¿o se chupaba el dedo? Si no lo escribo, lo olvido. Se lo comentamos a la doctora, atropellándonos, ella compartía el entusiasmo y nosotros agradecemos la elocuencia venezolana. Salí a los brincos de la consulta y en el camino al Puro Café de los colombianos compré una lámpara de pie. Hablaba duro, cantaba el 18 de octubre del 2019. Es divertido divisar por las calles a un hombre que celebra con una lámpara de su tamaño. Más divertido era ser ese hombre, reproducido en un cosmonauta que, sin duda, se me parecía.

Por la noche, fuimos a escuchar a Montalbetti en La Sebastiana. No creo que hayamos vuelto a ir juntos a una lectura o a un café. Alguien bromeó con saltar unos torniquetes y así nos enteramos de que empezaba la revuelta chilena. En menos de veinticuatro horas, Valparaíso estaba tomado por las marraquetas de nuestro hijo y nuestras marchas. Los disparos y las bombas lacrimógenas se tornaron incompatibles con el embarazo, y empecé a marchar solo. Corregía una novela en que mi abuela participa de su propio alzamiento en Varsovia. La pandemia coincidió con el parto descrito en los poemas siguientes a la novela y acabó con mi abuela a su vez, impedida de visitas en uno de los tantos asilos



aislados. Suena a oxímoron ahora que lo modulaba en voz alta. Creyendo que le hablé a él, se me acercó un garzón, ¿mande? Hacia la pantalla bajé la vista, tipeé que, desde entonces, habíamos guardado las cenizas de mi abuela para el momento en que todos fuésemos cómplices de la ilegalidad de lanzarla al único mar en que fue feliz. Para mí rimaba con el Apruebo a la propuesta de nueva Constitución. Hasta la victoria siempre –y lo demás que nos deparara el territorio inestable de quienes nos obsesionamos con el nomadismo– regresaríamos a Valparaíso luego de meses donde los suegros en Colonia, porque se habían perdido el crecimiento de su nieto durante la pandemia. Cerraríamos un círculo.

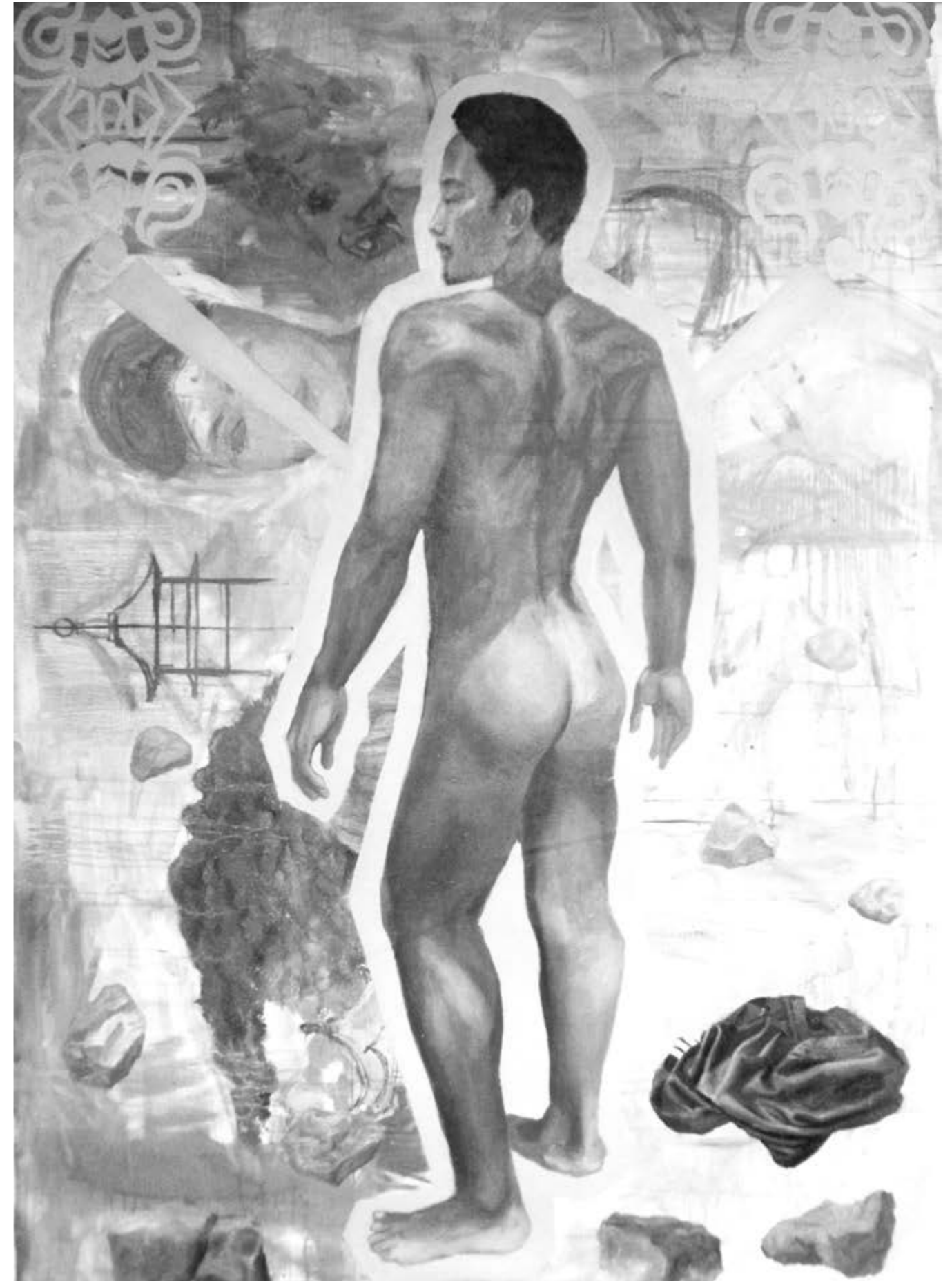
El rechazo de una mujer a la residencia definitiva rimó con el rechazo de un pueblo a las palabras que nos daban al fin la educación, la salud, las jubilaciones y el agua que sí tiene el pueblo de aquella mujer

Fue entonces que la madre de mi hijo decidió intempestivamente no hacerlo. El avión se vino lleno salvo por los dos asientos a mi lado. El rechazo de una mujer a la residencia definitiva rimó con el rechazo de un pueblo a las palabras que nos daban al fin la educación, la salud, las jubilaciones y el agua que sí tiene el pueblo de aquella mujer. También decidió dejar de hablarme. No lo vi venir, decían los personeros del gobierno anterior. El 4 de septiembre del 2022 seguí los resultados de las elecciones solo en casa y el 14 tiramos las cenizas de mi abuela con mis padres en un improvisado muelle de Algarrobo. Ahora no quedará nadie más que ellos en Chile, y están viejos y divorciados, pensé cuando, por culpa de *El gran Lebowski*, mi mayor preocupación era el viento en contra de las cenizas. Ordené, reparé, arrendé, vendí de noche y de día. Hoy 13 de octubre no sé si es de una o de otro y, sin haber dormido, lo escribo adentro de la escafandra del café Maison Kayser del aeropuerto de Ciudad de México, cuya escala –cósmica– redujo a la cuarta parte del precio de ida y vuelta, un pasaje solo de ida hacia la crianza alemana. A partir de cero, sin amigos ni idioma, sin techo ni trabajo; como mi abuela, como mi hijo. Como el país que abandoné anoche.

Jazmín Miranes

El lugar de una

lo que es odiar el lugar de una,
 hacer algo por remediarlo
 y, chucha,
 odiarlo mucho más.
 y ¿tú creí que odiar es fácil?
 obvio no po,
 no es fácil quedarte
 en un lugar donde te sentís miserable,
 y peor si estái obligada.
 es como ser ese globo
 ahí colgado en el techo
 después de una semana del cumpleaños del primo,
 medio desinflado,
 con una serpentina cortá pegada,
 churriente,
 que nadie se llevó.
 y todos te miran como con pena,
 pero nadie hace nada,
 y pasái otra semana más ahí,
 hasta que el scotch que te sostiene ya no resiste.
 y esa fue tu vida, destinada al basurero;
 solo que no vai a durar 450 años
 nadando en el mar como desperdicio,
 tenís que seguir,
 y seguir,
 y seguir...



Muchacho indonesio - Pablo Lincura @pablolincura
 Óleo sobre tela

Karim Verdejo

Parte de la tierra



A través de una mirada retrospectiva, Karim Verdejo nos introduce a una reflexión en torno a la memoria histórica nacional y la aparente indiferencia que la ciudadanía manifiesta hacia ella. Así, enfatiza en la importancia que determinadas zonas geográficas aportan a dicha memoria, como un reflejo de aquellos que perdieron su vida tratando de construir un país mejor.

Si todos somos parte de la tierra, ¿por qué la pisoteamos? ¿Por qué vamos y venimos como si fuera nuestra? Hemos dañado mucho a quienes la cuidan, a los fantasmas que la custodian. Ellos vagan observando con pesar como todo sigue igual desde esos años, antes de que los mataran, desde las injusticias del contrario. La rabia y miedo del privilegiado los persiguió en vida hasta terminar fusilados por los mismos que juraron proteger. ¿Proteger qué? Por la noche, un hombre se esconde mientras sus subordinados explotan humo en la gran casona blanca.

Sacan a su mejor amigo y le llaman. “¿Por qué lo haces?”, pregunta. “Nunca te iban a dejar terminar, lo sabes; mejor lo hago yo”, responde. Sacan un micrófono y le dan el tiempo para despedirse. Habla con mucho pesar, pero esperanzado: se dirige a todos quienes le han seguido y a quienes no. Le pide como último favor a su ejecutor que transmita su discurso al día siguiente, cuando los trabajadores vayan a subsistir, cuando traten de comer, cuando el bloqueo de alimentos se vaya y le exige que lo pase en la radio. “Ya vas a ver cómo se abrirán las grandes alamedas para terminar con tu traición”, le dijo seguido del disparo.

Las muertes jamás se acaban, nunca descansan. El heraldo de la muerte estaba dichoso de tanto trabajo, pero había a quienes no podía llevarse. Aquellos que nunca tuvieron un funeral ni un cuerpo para entregar, quedaban vagando por el río, por las calles, por el mar, por las alcantarillas y las fosas. Quién sabe dónde más yacen los restos de los espíritus llorados. En muchos casos encontramos cuerpos, aún latientes, pero ya sin vida. La respiración sigue ahí, la sangre sigue circulando, pero el alma había dejado sus restos esparcidos por esos centros.

Los fantasmas custodian esa tierra que está cargada, habitada por uno que quiere unir y arreglar, pagar las deudas pendientes; ahí vive uno parecido al que fue. El espíritu del que estuvo aleja a todos los momios que dificultan el camino, pero las fuerzas se le acaban con cada triunfo de los que rechazan la unión del pueblo. Ese pueblo que torturaron, amarraron y ahogaron. El mismo

que desinformaron y que, cansado, volvió a levantarse por sus derechos, llamando a la fuerza de todos los que cayeron luchando, huyendo, e incluso aquellos que no hicieron nada y les derribaron por error.

Bajo el cielo quebrado, danzan los asesinados. Las banderas se alzaron rotas y pisadas. Mi muerto me persigue con sus amigos, todos de Grimaldi, y me preguntan por qué nos dormimos. “¿Dónde quedamos? ¿Nos recuerdan?”. Y yo le contesto: “Sí, con la cueca de los asesinados”. Esa que bailó Lemebel pisoteando a los inhumanos de Latinoamérica, la misma que bailan sus viudas el 11 de septiembre.

Quién sabe dónde más yacen los restos de los espíritus llorados. En muchos casos encontramos cuerpos, aún latientes, pero ya sin vida. La respiración sigue ahí, la sangre sigue circulando, pero el alma había dejado sus restos esparcidos por esos centros

¿Dónde quedaste Chile? ¿Desde dónde viene tu ignorancia? ¿Por qué no escuchas? No entiendo por qué les crees ahora, después de que te discriminaron. Pero tú también discriminas. Te asustaste al pensar que devolverías tierras manchadas de sangre que jamás fueron tuyas, esas que no quieres entregar. ¿Qué vas a dar? Si nadie te lo ha pedido. Les creíste para aferrarte al miedo por tus derechos, los mismos que no quieres. Te los quitó hace 30 años una marioneta mentirosa a la que le crece la nariz y tú no la quieres dejar ir. Dime, tierra querida, ¿cuántos ojos más vas a soportar?

Valeria Soto

Traducción god's river

Billy Ray Belcourt

it is september 2009 and health canada sends body bags to god's river first nation—a community hit hard by swine flu

es septiembre de 2009. *health canada* envía bolsas de cadáver a la comunidad indígena de *god's river*, fuertemente golpeada por la peste porcina.

a body bag
is a gun
is a smallpox blanket
is a treaty
—call it a medicine chest

una bolsa de cadáver
es un arma
es una manta con viruela
es un tratado
—llámalo botiquín

wait for
the autopsy
they call it H1N1
you call it
the pass system:
bodies like
these can
only leave if
they're on
stretchers
—call it "moving"

espera a
la autopsia
le llaman H1N1,
tú llámalo
el sistema de pases:
cuerpos como
este pueden
solo irse si
están en
camillas
—llámalo "mudanza"

someone says
"it's like sending
body bags to
soldiers in
afghanistan"

alguien dice:
"es como enviar
bolsas de cadáver a
soldados en
afganistán"

remind them
that canada is
four hundred
afghanistans

recuérdales que
canadá es
cuatrocientos
afganos

—call it colonialism

—llámalo colonialismo

to live in
trenches like these
is to be
civilian casualty
and soldier all at once
—call it "a suicide epidemic"

el vivir en
trincheras como esta
es ser
víctima civil
y soldado al mismo tiempo
—llámalo "epidemia suicida"

wonder
how many deaths
it takes for a
country to
call itself
god

pregunto
cuántas muertes
toma para que
un país se
llame a sí mismo
dios

think maybe
reserve is
another word
for morgue
is another word
for body bags
—call it home anyways

pienso, quizás
reserva es
otra palabra
para morgue
es otra palabra
para *bolsas de cadáver*

—de cualquier forma, llámalo hogar

Valentina Palominos

Que no nos trague la tierra

La necesidad de adaptarse a la vida moderna ha ocasionado un gran descenso demográfico dentro de ciertos pueblos. Valentina Palominos reflexiona a partir del texto *Porfiados*, de Patricio de la Paz, presentándonos las posibles consecuencias de este suceso; entre ellos, el olvido.

Porfiados (2017) es la única obra del periodista chileno Patricio de la Paz. Consiste en una compilación de crónicas y entrevistas que realizó en las zonas más extremas de Chile. En estas, el autor narra brevemente las vidas de aquellas comunidades cuyas historias pasan desapercibidas frente al gran ojo observador de los medios. He aquí uno de esos relatos.

Algo que pocos saben es que hay quienes hacen carreras en las que compiten contra el tiempo con todas sus ganas, combatiendo el miedo de perder lo que alguna vez fue mera existencia: compiten contra el olvido.

Después de tantos años de tradiciones y arduo trabajo, el desarrollo de la vida moderna ha llevado a ciertos pueblos al borde de la desaparición. Visviri, una pequeña comuna en la Región de Arica y Parinacota, es un claro ejemplo. Sus habitantes, como lo es Marcelino Mamani, afirman

que las condiciones de vida extremas y el aislamiento geográfico han llevado a los jóvenes de la comuna a buscar otras alternativas de vida: abandonan su tierra de origen para educarse y conseguir trabajos remunerados estables. La necesidad de asentarse en las grandes ciudades para satisfacer las demandas de una sociedad centralizada ha reducido la población de esta comuna a un triste augurio. Con respecto a su realidad, Mamani declara: "es sacrificado. El clima es duro. Es un pueblo solitario. Muchas veces estamos sin agua, el motor de la electricidad colapsa. No me va a tocar nada más difícil en la vida"¹.

La vida en Visviri es diferente a la de la metrópolis. Debido a la constante migración campo-ciudad, ya no nacen suficientes niños en la comuna para renovar la población. Asimismo, la herencia indígena de esta se está perdiendo y muchos de los habitantes más antiguos lo reconocen. Ellos mismos son testigos de cómo el tiempo los convierte en fósiles, en un simple recuerdo enterrado en las entrañas de las montañas del altiplano.

Es posible que vivamos en un futuro donde ya no existan pueblos como Visviri. Cuando el último de sus ancianos muera, no quedará nadie quien críe al ganado. Los nietos de estos abuelos tendrán hijos en la urbe, y ellos jamás sabrán de la existencia o labor de personas como Marcelino Mamani. Será como si se los hubiese tragado la tierra.

Paloma Domínguez Jeria

Carta de despedida

Recuerdo la primera vez que escuché sobre la *Grifo*: fue el año 2006, era estudiante de la carrera de Literatura Creativa y fui a uno de sus lanzamientos. Ahí vi que estaba frente a un producto cultural profesional realizado por mis compañeros y sentí cierto orgullo de ser parte de ese ambiente literario, no solo a nivel de escuela, sino que también a nivel nacional e internacional.

Muchos años después, volví a la carrera, pero como docente. Después de realizar diversos cursos, Álvaro Bisama, el director de la carrera, me llamó para ofrecerme el curso que en ese momento se llamaba Producción editorial. Inmediatamente le dije: "no". Quería dedicarme cien por ciento al doctorado que había iniciado, por lo mismo, me mudé de ciudad, dejé la mayoría de mis antiguos trabajos y decidí quedarme con solo un curso en la UDP. Álvaro me dijo: "piénsalo, hablamos mañana". Lo pensé y acepté.

Eso fue el año 2016. Veníamos saliendo de una toma y el profesor anterior no había terminado la revista. Así que, de solo tener experiencias con *fanzines*, en un semestre tuve que sacar dos revistas. No fue fácil, aunque, en realidad, ningún semestre de la *Grifo* ha sido fácil.

Algunas cosas de las que he aprendido dirigiendo la revista son:

1) El ego es el peor enemigo del trabajo editorial: no solo afecta el trabajo colectivo y la

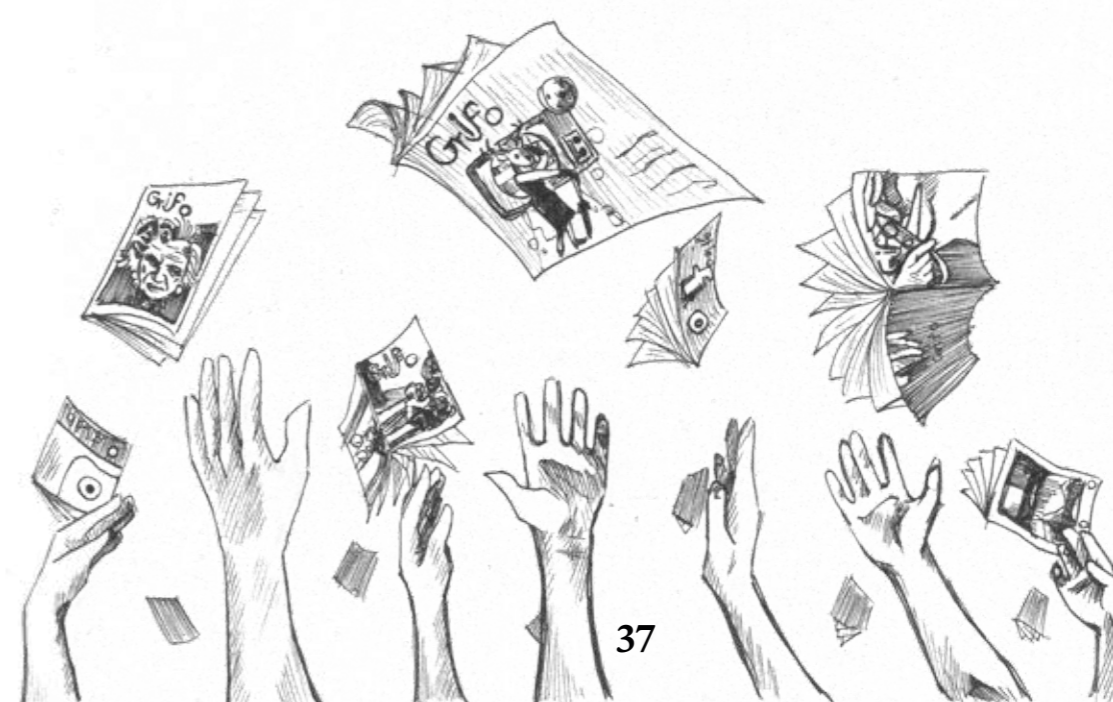
interacción con los pares, sino que también hace difícil tener una posición crítica ante el trabajo creativo propio.

2) Valorar el trabajo que han hecho los estudiantes de la UDP en la *Grifo*: todos los semestres, solicité a los estudiantes que revisaran los números anteriores para ver aspectos positivos y negativos de la *Grifo*, siempre respetando el trabajo previo, porque todos esos números significaron muchas horas de coordinación y esfuerzo. Criticar siempre es fácil, pero realizar una revista que perdure en el tiempo gracias a la perseverancia grupal y lograr plasmar su visión de la literatura, es lo que realmente vale.

3) Hacer las cosas a tiempo: el mayor estrés sufrido por los estudiantes -y por mí- tenía que ver con no lograr realizar las cosas en el tiempo estipulado. Cumplir plazos permite el autocuidado individual y grupal.

Ahora, después de seis años, he decidido dejar la *Grifo*. Siento que mi mayor aporte fue entregarles el protagonismo a ustedes, los estudiantes, porque su voz importa y así como la revista fue creada por compañeros de la primera generación de la carrera, mi intención fue que se reapropiaran de ella y que, de alguna manera, pudieran sentir ese orgullo que experimenté en ese lanzamiento cuando yo fui alumna. Les agradezco a todos los estudiantes que se la jugaron por sacar cada número y ojalá la UDP siga apoyando este proyecto con los recursos necesarios para poder seguir realizando una revista profesional.

1 De la Paz, Patricio. *Porfiados*. Santiago de Chile: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017. Impreso.





Instagram @astarteaeditorial

Facebook @astarteaeditoria

Twitter @AstarteaE

www.linktr.ee/astarteaeditorial



LA POLLERA

Instagram @lapolleraediciones

Facebook @lapolleraediciones

Twitter @lapollera

www.lapollera.cl



APARTE

Instagram @editorialaparte

Facebook @Aparteditorial

Twitter @AparteEditorial

www.editorialaparte.cl

Concurso Grifo

Cada año, el concurso literario Grifo es realizado por estudiantes de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales. En esta oportunidad, quisimos abordar la heterogeneidad de personas de las distintas regiones de Chile, cuyo lugar de donde son o desde donde migran define quienes son; a partir de los movimientos telúricos que nos movilizan y nos hacen conscientes del territorio. Valoramos enormemente la participación de los concursantes y agradecemos afectuosamente a los jueces de esta ocasión: María Isidora Campano, Mariana Mizraji y Francisca Vargas, en narrativa; y Manuel Boher, Carmen García y Macarena Urzúa, en poesía. La realización de este concurso es posible gracias al aporte de Editorial Alquimia, Editorial Aporte, Editorial Astartea, Banda Propia Editoriales, Editorial Cathartes, Editorial Inubicalistas, Editorial La Pollera y Editorial Provincianos. A continuación, les presentamos los primeros tres lugares de cada categoría y, posteriormente, los textos inéditos en su versión original del primer lugar.

Textos Ganadores

Narrativa

1er lugar: Chanco esperanza | *Kyra Stegman*

2do lugar: Nada de valor | *Daniela A. Sánchez*

3er lugar: Intermodal La Cisterna | *Fabián Donoso*

Poesía

1er lugar: Canela | *Erwin Castillo*

2do lugar: Enjambre | *Joaquín Jiménez*

3er lugar: Siringe | *Amanda Sotelo*

Primer lugar Narrativa

Chancho esperanza

El viejo Leanor llegó cojeando. Lo tomé por el brazo y lo agradeció con un gesto de cabeza. Algunos años antes se habría soltado de un tirón alegando que no era ningún viejo decrepito y que no se iba a morir por más que todos los estuviesen deseando. Como si tuviese mucho que dejarnos...

Subimos el cerro esquivando basura y un par de perros muertos en plena putrefacción. Cuando llegamos a la vereda de la casa le solté el brazo y me detuve un momento a contemplar el paisaje. Las luces de la ciudad, allá abajo, comenzaban a encenderse a medida que el sol emprendía su lenta zambullida en el mar. Ahí en la villa Esperanza no había postes, y no era que no se necesitaran o que no se hubiese intentado, el Leanor tenía la casa plagada de papeles arrumbados llenos de las promesas vacías del alcalde y su gabinete. Un par de fotos enmarcadas dándose la mano y posando con la junta de vecinos. Pero seguíamos a oscuras.

El viejo me gritó desde dentro de la casa y atravesé la reja destartada derechito hacia la ventana de la cocina. El sol ya casi no se veía, allá lejos en la playa, y el Leanor empezó a buscar la lámpara mientras despotricaba contra el municipio. Comimos en silencio hasta que la lámpara se apagó.

A las nueve llegó la María, hija menor del Leonor, de cincuenta años, con el cabro chico en brazos y la niña Martina cargada con las cosas del colegio. Entraron limpiécitos, la María dijo que se bañaron en la sede porque el camión aljibe no pasaba hasta el jueves. Saludaron y pasaron corriendo al patio donde los esperaba el Gordo, un chancho chico que hace un par de semanas se escapó del matadero justo cuando yo andaba robando wifi para mandar la tarea.

Lo vi corriendo cerro arriba, una cosita rosada que brillaba entre la basura de la ladera. Era chiquitito como perro cuico y se fue chillando entre mis brazos todo el camino a la casa. Los niños se volvieron locos. El Leanor me quería echar con chancho y todo cuando le dije que no era para comer.

A los dos días apareció el dueño del matadero reclamando el chancho y mentimos lo mejor que pudimos, los vecinos mintieron también. Todos fuimos, nadie fue. El viejo volvió con los pacos y el traficante de la esquina nos dijo que tranquilos nomás, que al chancho no se lo llevaba ni el mismísimo Papa.

No sabemos que hizo, el Leanor dice que mejor no saber, pero nadie más vino a reclamar al Gordo. Ahora es la mascota de la villa, le traen regalos y hasta le hicieron un mural en las panderetas del fondo. Incluso el Leanor le agarró cariño, ahora si le preguntan cuándo llegará la luz responde: Cuando el gordo aprenda a volar...

Primer lugar Poesía

Canela

La turca muy pocas veces se deja ver
sin embargo, apenas sale el sol
canta variando su tonalidad
cerros solitarios, una que otra añañuca
son manchas rojas a los ojos de la anciana
renacuajos
se escabullen entre hojas de eucaliptos y perales.

En la piedra del tococo
prendimos velas y caía la tarde
los murciélagos se sienten en verano
y los burros vagan de noche
todo es polvo y silencio.

La flor blanca del quisco
es pisoteada por un rebaño de ovejas
baja el agua del estero
una canasta con tunas
se aleja, queda pegada al musgo
los niños intentan atraparla

llega otra estación
volantines incrustados en tu jardín
las cerezas parecen corazones
dulces y amargos.

Kyra Stegman Zúñiga

Erwin Castillo

Nicolás Vera @iconik0art

Gracias Santiago



Gracias Santiago, de verdad muchas gracias.

@Iconik0art



CATHARTES
EDICIONES

@cathartседiciones

@CathartesEd

www.cathartседiciones.com



@alquimiaediciones

@editorial.alquimia

@AlquimiaEd

www.alquimiaeditorial.cl

Grifo



udp